

La lectura como experiencia cultural

Yadir acaba de salir de la guerra. Hace pocos meses entregó las armas junto con sus compañeros en el proceso de paz que está viviendo Colombia. Yadir tiene diez y seis años. Desde los diez está en las filas, metido selva adentro, en las profundidades de la manigua chocoana. Yadir recibió un curso de fotografía de un camarada ahora que están viviendo en el campamento. Yadir enfoca perfecto. No en vano ha adiestrado la mirada con el fusil durante más de seis años.

Pero lo que le ha parecido más importante de su curso es que puede hacerle fotos a todo lo que le guste. Yadir descubre ahora en plena juventud que puede elegir, decidir si quiere fotografiar la casa de tablonos de madera sobre pilotes, la carretilla llena de plátanos que llevan sus compañeros para hacer el sancocho comunitario, los techos de zinc de la cantina de la vereda o al viejito canoso desesperado por el calor agobiante de las tres de la tarde, echándose agua en la cabeza de una botella de plástico al lado de la carretera.

El sueño de Yadir es hacer un documental. Por eso su colección de fotos es inagotable y por eso también se acercó a la biblioteca móvil de la vereda. En el campamento ningún compañero sabe de cine y en el pueblo más cercano, tampoco. Natalí, la compañera encargada de los asuntos pedagógicos y culturales del campamento, le sugirió que fuera a la biblioteca móvil. Había oído que en el servidor había muchas películas y de pronto, por qué no, encontraba algún libro que le sirviera.

Allí Yadir conoce a Milena una chica morena de la vereda, un año menor que él y que hace parte del GAB. Yadir no sabía qué era eso del GAB, pero Milena le explicó: es el grupo de amigos de la biblioteca que son los que ayudan a Sandra, una chocoana grande, madura y sabia, que era antes la bibliotecaria de Istmina, donde hizo un trabajo tan

bueno que logró que su biblioteca estuviera postulada al Premio Nacional de Bibliotecas Públicas y que ahora es el alma de la biblioteca móvil. Sandra tiene un principio que orienta su trabajo: donde haya comunidad, allí va la biblioteca. Por eso Sandra se mueve por todos los lugares con su bolsa de libros. Y por eso los niños la buscan los días festivos y le tiran mangos en el cuarto donde se aloja, reclamándole que se deje ver y les preste libros.

Milena le mostró un mundo que él no se imaginaba que pudiera existir, el mundo de los libros que se mueven. Eso lo fascinó. Tenía en su imaginario que las bibliotecas eran salones oscuros y aburridos donde hay libros empolvados. Al menos eso es lo que recuerda de su pueblo cuando de niño los llevaban de la escuela a buscar una tarea.

Ahora sabe que las bibliotecas son otra cosa. En el campamento están organizando la Biblioteca Popular, hay muchos libros pero algunos son difíciles para él. Le gustó mucho un libro sobre leyendas africanas, lo ha leído varias veces pues le recuerda las historias que le contaba su bisabuela en la choza a orillas del Atrato. No sabe muy bien porqué pero ese libro le ha ayudado a hacer mejores fotos. Es como si le hubiera puesto color a unas imágenes borrosas que tenía en su memoria, como algo muy antiguo que Yadir no sabe explicar con palabras.

Milena quiere estudiar periodismo. Yadir sabe ya que tomar buenas fotografías no es suficiente para hacer documentales. Eso lo entendió después de verse todas las películas que hay en el servidor de la biblioteca móvil. Con Milena se sientan a ver una y otra vez los documentales que más les han impactado. Sabe que tiene que aprender a escuchar, a poner mucho cuidado a lo que las personas hablan, pero también cómo se mueven, sus gestos, su mirada. Sabe también que hay que hacer muchas entrevistas y muchas fotos, grabar muchos videos para luego elegir lo que sirve para la historia que quiere contar. De allí sale el guión.

Milena le ha enseñado a Yadir a escuchar poesía. En la biblioteca móvil hay una bonita colección de libros de poesía. En las noches de luna, cuando no amenaza un diluvio universal como los que suelen caer en estas tierras, se sientan bajo un árbol de mango en

el parque central o en la vereda a leer poesía. Milena lee y él escucha. Milena se sabe varios poemas de Miguel Angel Caicedo, el poeta más querido por el pueblo chocono, poemas que le ha enseñado la profe Sandra: *Cuando vas para Atrato abajo/pregunta por tu sombrero/allá lo dejé empeñado/por un beso que me dieron*. Otros poemas los han descubierto juntos a la sombra de la luna. Hay uno de un poeta cartagenero, Luis Carlos López, que hacía fotografía con las palabras y que es el preferido de Yadir, sobre todo porque al oírlo con los ojos cerrados puede ver las imágenes que se van formando sólo con los sonidos. Esa magia se la enseñó Milena.

*Llueve de un modo
diagonal. El río
anaranjado. Y todo el caserío
toma el color del yodo sobre la piel.
Ni un vuelo
mancha el fondo amarillo
de la mañana
singular. Y el cielo
como le gusta al grillo
y a la rana.¹*

Narro la historia de Yadir y Milena, y la de Sandra, la bibliotecaria y de los niños que la reclaman para invitarlos a reflexionar un poco sobre algo que hace años me da vueltas, no solo a mi, sino que veo es una inquietud de quienes trasegamos por este universo de la formación de lectores, o en mejores palabras, de la mediación. Ese algo tiene que ver con la naturaleza humana del acto de leer. Hay algo en el leer, en la experiencia de la lectura que va más allá del aprendizaje de una técnica y también más allá del número de libros leídos al año o de las estadísticas de visitas a las bibliotecas. Hay una conexión vital entre el lector y el texto, una conexión que puede partir de la necesidad (es el caso de Yadir al

¹ *Paisaje de Sorolla*. En *La Vigilia de la Mirada*. Fraylejón Editores, Medellín

querer saber sobre cómo se hace un documental); pero también puede partir del deseo (Milena invita a Yadir a leer poesía y este descubre que le gusta porque lo asocia con su aprendizaje fotográfico, pero también puede haber algo más que no es consciente y que tiene que ver con el árbol de mango, la luna llena, el momento de intimidad literaria -si se puede llamar así- entre estos dos jóvenes). Además, Yadir descubre que lleva en su interior una leyenda que de niño le contaba su bisabuela y se da cuenta de esto cuando va a la biblioteca popular del campamento y encuentra allí un libro de leyendas africanas.

Si, la lectura está estrechamente imbricada con la vida, con la interioridad de los seres, pero también con el tejido cotidiano. Lo que quiere decir con lo que le da sentido a cada uno.

¿Por qué entonces la hemos extraído de su contexto, su hábitat natural y la hemos convertido en un conjunto de ejercicios, estrategias, actividades y no se qué más acciones planificadas y controladas para ser medidas y puedan caber así en el pomposo mundo de las estadísticas burocráticas?

Creo que nos hemos complicado la vida. Y que hemos alterado de alguna manera la escala de valoración del significado social y cultural de la lectura. Con la mejor intención hemos convertido la lectura en una tarea compleja que sólo muy pocos supuestamente saben hacer bien. Si es cierto, hay lectores de lectores. Y no deja de haber cierta sofisticación en un lector que haya podido atravesar lúcida y placenteramente, sin rendirse, el Ulises de Joyce o La Montaña Mágica de Thomas Mann. Pero si alguien ha llegado allí es porque ese ha sido su camino y su entorno y sus circunstancias, el medio en el que ha crecido le ha permitido tener relación de sentido con esos libros y no con otros. No es necesariamente mejor que la bisabuela de Yadir, quien le legaba a su bisnieto las historias ancestrales que viajaron desde algún lugar del Africa en los barcos de esclavos. Es sencillamente diferente.

¿No puedo yo hacer una excursión placentera a una de estas hermosas montañas chilenas por no ser campeona en montañismo?

La experiencia de la bibliotecaria Sandra en la vereda Santa María en Chocó me ha enseñado mucho al respecto y me ha hecho pensar si esto de la mediación no se trata más bien de generar posibilidades, de brindar oportunidades. Pero también de valorar la cultura, los significados y los saberes de las personas con quienes hacemos la mediación.

Sandra dice: donde hay comunidad, allí va la biblioteca. En esa máxima tan sencilla hay un compendio de sabiduría. Sandra se dio cuenta que en esa zona la lectura es algo ajeno a sus habitantes. Es una zona nueva para ella, pues aunque es chocoana, viene de una ciudad y llega a una vereda alejada de todo. ¿Qué es lo primero que hace Sandra? Visitar a la comunidad y participar en todos sus eventos, reuniones, asambleas, ágapes, en fin, todos aquellos espacios sociales comunitarios para leer ella primero cómo se mueve esta gente, como se relaciona, cuáles son sus códigos, sus intereses, sus conflictos, sus anhelos. Esa lectura le ayuda a diseñar su estrategia. Organiza un GAB (grupo de amigos de la biblioteca) que va creciendo hasta llegar a 12. ¿Pero quiénes son los miembros del grupo de amigos de la biblioteca? Un representante de cada una de las veredas. La función principal de un GAB es apoyar la gestión bibliotecaria, por eso Sandra escatima en el hecho de que algunos de sus miembros no sean grandes lectores. Están en el camino del lector y además, ella necesita gestores que valoren la lectura y que, sobre todo, sean la puerta para entrar a la comunidad.

Este es el primer paso para lo que realmente va a hacer Sandra: llevar los libros a todas las actividades de la comunidad. Ir creando poco a poco la necesidad y el deseo de leer, aportar su granito de arena a la creación de una cultura lectora. De allí programas como *El embarque literario*. Los jueves y viernes embarcan los plátanos en los camiones. Allí llegan los amigos de la biblioteca con libros para leerles a los trabajadores durante el descanso. O el *Biblioplaya*: van a las veredas que tienen río y se hacen lecturas en la orilla. O *Libros a la cantina*. Con el lema “Bebámonos mejor los libros”, la biblioteca móvil va una vez a la semana a las cantinas de la vereda a leer y a ofrecer libros. Al principio los miraban raro, cuenta Milena, creían que estaban vendiendo libros. Ahora ya les gusta que

vayan y algunos se ponen a leer y a conversar, hacen una tertulia con aguardiente y cerveza. Para Sandra es también una manera de divulgar los servicios de la biblioteca.

Sandra está sembrando en una tierra que en apariencia no estaba abonada para la lectura. Ella dice, aquí la gente iba de la casa a la cantina y de la cantina a la casa. Ahora muchos vienen a la biblioteca.

En este trasegar, Sandra descubrió una semilla muy fértil: la oralidad y las tradiciones populares. Con el encuentro entre los niños y los mayores de la comunidad en el programa *El abuelo con su cuento encanta*, han recogido muchas historias, entre ellas la de la fundación de Santa María y leyendas de la Laguna de la Colimocha, una caimana que no tiene cola. También por allí pasa *El libro viajero* que ya lleva más de tres meses viajando y recogiendo tradiciones populares. Le hicieron una portada bonita con las madres de la comunidad. Ahí hay muchos secretos de como curarse de la picadura de las serpientes o como hacer café de maíz.

Quizás la tierra no esté abonada para la noción que tenemos de biblioteca, o para la relación acartonada que tenemos con los libros y la lectura, o para reproducir un canon que las instancias de poder han legitimado. ¿Y si cambiamos la mirada? ¿Y si leemos primero a ese otro a quien quizás inconscientemente lo estamos considerando menos porque no lee como nosotros? ¿Y si nos despojamos de nuestra mentalidad colonialista de élite letrada y aguzamos el oído para escuchar? Aprendí en Chocó, una tierra abandonada y despreciada por las élites del país, una tierra con la herencia de los negros africanos traídos como esclavos, que no es que ellos carezcan de palabra, ni de cultura, lo que pasa es que han sido silenciados. Año tras año, siglo tras siglo, han venido siendo despojados de sus bienes más preciados: su voz propia, sus conocimientos ancestrales, su sabiduría milenaria. Todo esto está allí soterrado y si fluye lo hace a escondidas, en murmullos, con el miedo a cuestras. Dice Sandra: aquí en Chocó la realidad tiene muchas capas, lo que estamos haciendo es descubrirlas, levantar una a una para que brote la palabra.

Y creo que allí está uno de los secretos de la mediación: presentar a otros el mundo contenido en palabras para que brote la voz propia. Llenar de palabras simbólicas, sonoras, dulces, estridentes, plenas que otros han escrito, para que surjan las palabras que están allí escondidas, silenciadas por la guerra, el sufrimiento, los innumerables despojos, los miedos. Como se fue despertando la leyenda africana en el interior de Yadir, aquella entregada por su bisabuela, gracias a un libro encontrado en la biblioteca popular.

Dice Petit reflexionando sobre la transmisión cultural como una presentación del mundo:

“Te presento a aquellos que te han precedido y el mundo del que vienes, pero te presento también otros universos para que tengas libertad, para que no estés demasiado sometida a tus ancestros. Te doy canciones y relatos para que te los vuelvas a decir al atravesar la noche, para que no tengas demasiado miedo de la oscuridad y de las sombras. Para que puedas poco a poco prescindir de mi, pensarte como un pequeño sujeto distinto y elaborar luego las múltiples separaciones que te será necesario afrontar Te entrego trocitos de saber y ficciones para que estés en condiciones de simbolizar la ausencia y hacer frente, tanto como sea posible, a las grandes preguntas humanas, los misterios de la vida y de la muerte, la diferencia de los sexos, el miedo al abandono, a lo desconocido, el amor, la rivalidad, para que escribas tu propia historia entre las líneas leídas”²

Volvamos a la vereda de Santa María. Allí con solo crear la posibilidad, con abrir el espacio para que circulara la palabra, la semilla brotó y ha empezado a germinar. A solo seis meses de estar allí, ya la sede de la biblioteca se ha quedado pequeña (los niños no quieren irse a sus casas y se han leído casi todos los libros, otros ya se los saben de memoria); a solo seis meses ya Sandra y su grupo organizaron una ladrillatón y ya tienen tres lotes posibles gestionados por el Consejo Comunitario para la construcción de la sede de la biblioteca, un dinero recogido donado por la comunidad, varios ladrillos y la oferta de la mano de obra.

² Petit, Michele. Leer el mundo. Experiencias actuales de transmisión cultural. FCE: México, 2015

Lo que ha hecho Sandra es una gestión social y cultural que va mucho más allá de dar clases de lectura o armar una programación estándar en su sala de lectura. Sandra enmarca su trabajo (de manera consciente o no) en la mediación socio-cultural haciendo posible el diálogo entre el legado cultural y la propia cultura. Sandra está nutriendo de palabras y de imágenes, de metáforas y símbolos a los niños y jóvenes para que crezcan con los recursos suficientes que les permitan tener voz y pensamiento propio, pero también a aquellos que han sido desposeídos, silenciados, marginados.

Creo, a mi parecer, que aquí está uno de los mayores valores de la mediación cultural: ser puente para el encuentro y el enriquecimiento humano.

Quiero citar el testimonio de Ramiro Guzmán Arteaga, un lector y escritor de Montería, una ciudad del norte de Colombia, capital de Córdoba, un departamento donde el paramilitarismo fue muy fuerte, tanto que se le considera el laboratorio de los paras. Extensas zonas ganaderas de latifundistas, y una clase política tan corrupta como en Chocó.(bueno y como en el resto del país).

Me interesa traer este testimonio porque complementa lo que estamos hablando. En este caso Ramiro fue testigo de un despojo reciente de la palabra, pues cuenta él que en Montería en los años 60 y 70 la palabra reinaba entre sus habitantes:

“...en esos años la lectura era algo inherente a la vida cotidiana y académica de la ciudad, en la que no faltaba un lector compulsivo en las familias, en la que los estudiantes de bachillerato amanecíamos estudiando en la Avenida Primera con un termo de café, en la que nuestros padres y madres estaban afiliados al Círculo de Lectores y leían hasta altas horas de la noche, en la que lectura era un disfrute, un placer. La época en que se compartían libros y contenidos en cualquier sitio de la

ciudad; de cuando la biblioteca Departamental David Martínez era un verdadero punto de encuentro de lectores y escritores. La de entonces era una Montería en la que espontáneamente se formaban sitios de encuentro y diálogo constructivo con fundamento en la lectura de libros, periódicos y revistas; sitios en los que las tertulias eran una necesidad para dialogar sobre temas de lectura y hechos de la vida cotidiana.”

Más adelante señala el contraste y su causa:

“Luego llegó la década aciaga de los 80. La época en que se escribieron las páginas más sangrientas y tenebrosas de la historia de Córdoba. Y la lectura entró en crisis. Decayó. Se deprimió. Los lectores desaparecieron. Muchos se fueron, a otros los mataron. Muchos de los que se quedaron le perdieron el gusto a la lectura porque -dicen- dejó de transformarnos y no había con quién hablar. “¿para qué leer?” se siguen preguntando algunos intelectuales de la época. La lectura perdió sentido.

Con la ausencia de la lectura en la vida cotidiana llegó el macartismo, el señalamiento y la etiqueta para los pocos lectores que aún quedaban. La ciudad pasó de la época dorada de la libre expresión a la autocensura. Los intelectuales pasaron a ser tildados de revolucionarios, de subversivos, de guerrilleros. Montería se quedó sin intelectuales. La ciudad se quedó sin argumentación teórica. Los debates constructivos quedaron reducidos a la habladuría sin sentido y a la gritería estrepitosa. ...”

Es duro este testimonio, pero lo traigo a colación para fijarnos en claves que este lector-escritor apasionado y real nos entrega: una, es lo que genera y puede llegar a generar en una comunidad una cultura lectora. La palabra circula, los diálogos, las discusiones, los debates y lo hace, como dice él, “con fundamento”. No es la palabra vacía de sentido, sino aquella nutrida por los libros, por las lecturas y las escrituras. Esto genera pensamiento propio, ideas nuevas, que solo la fuerza y la barbarie pueden acallar.

Otro aspecto que resalto de su testimonio es lo que puede pasar cuando nos despojan de la palabra. Es la misma situación de Chocó, cuyo atraso está íntimamente ligado al despojo centenario de la palabra y que hoy Sandra y su gente están tratando de cambiar. Dice Ramiro: “la ciudad se quedó sin argumentación teórica”. Eso qué significa, que le quedó el espacio libre a los matones, a los que no usan la palabra sino el grito, la fuerza, la orden, la violencia. Un espacio tomado a sangre y fuego. Esto lo que nos muestra es el valor generador y regenerador de la palabra. Su poder de transformación.

Por esto creo cada vez más necesario crear y generar espacios de diálogo, de conversación siempre mediados por los libros, las películas, el arte, es decir, por la cultura. Lectura compartida, enriquecida por el encuentro con otros.

La lectura, concebida como una experiencia cultural y como un espacio para el encuentro humano se convierte en muchos lugares un lugar de resistencia, una manera de no sucumbir, de conservar nuestra esencia humana, que tarde que temprano tendrá que florecer.

Cierro con las palabras esperanzadoras de Doris Lessing que no me canso de citar: describe en el texto que escribió cuando se supo merecedora del Premio Nobel, a la mujer joven con dos niños pequeños pegados a sus piernas, haciendo la fila para obtener un poco de agua en medio de una espantosa sequía en Africa y se encuentra en el mostrador un pedazo de papel arrancado de un libro. En un párrafo de Ana Karenina. Y esa mujer ávida de agua y de palabra lee en voz alta y con dificultad:

Verenka lucía muy atractiva con la pañoleta blanca sobre su negra cabellera, rodeada por los niños a quienes atendía con alegría y buen humor y al mismo tiempo visiblemente entusiasmada por la posibilidad de una propuesta de matrimonio que le formularía un hombre a quine apreciaba...

A la mujer joven la espera un largo y penoso trayecto de regreso a su casa a través del calor y del polvo. Pero ella no se rinde ni se queja, sus pensamientos están ocupados en la

historia que acababa de leer. Recordando a Verenka, piensa la joven: “Se parece a mi, con su pañoleta blanca y también porque cuida niños. Yo podría ser ella, esa chica rusa y ese hombre, que la ama y le propondrá matrimonio”....

¿De dónde sacó la fuerza para regresar a su choza con esperanza? Del impulso vital que le transmitió apenas un párrafo de una obra viva.

O cuando dice:

“El narrador vive dentro de todos nosotros. El creador de historias siempre va con nosotros. Supongamos que nuestro mundo padeciera una guerra, los horrores que todos podemos imaginar con facilidad. Supongamos que las inundaciones anegarán nuestras ciudades, que el nivel de los mares se elevará..., el narrador sobrevivirá, porque nuestra imaginación nos determina, nos sustenta, nos crea: para bien o para mal y para siempre. Nuestros cuentos, el narrador, nos recrearán cuando estemos desgarrados, heridos, e incluso destruidos. El narrador, el creador de sueños, el inventor de mitos es nuestro fénix, nuestra mejor expresión, cuando nuestra creatividad alcance su punto máximo.”

Doris Lessing

Muchas gracias

Beatriz Helena Robledo

5
Libros
que cambian

Relatos de un mundo
que no conocíamos

La mirada de Yadir

Textos: **Beatriz Helena Robledo**
Ilustraciones: **Juan Camilo Mayorga**



Una iniciativa:



EL ESPECTADOR

En asocio con:



La mirada de Yadir

A Rafael Baena, *in memoriam*

Llegó el pescado fresco de mar y de río! Bagre, cachama, lebranche, sierra...! Acérquese a nuestro móvil, pescado fresco y barato!

Yadir sacó la cámara, quería fotografiarlo todo, fijar cada imagen con sus ojos nuevos. Unos ojos negros, brillantes, luminosos, que habían agudizado la mirada de tanto andar por la profunda oscuridad de las selvas del Darién.

En su curso de fotografía había aprendido algo muy importante: podía hacerle fotos a todo lo que le gustara. Yadir descubría ahora, a sus diez y seis años, que podía elegir, decidir si quería fotografiar la casa de tablones de madera sobre pilotes, la carretilla llena de plátanos que llevaban sus compañeros para hacer el sancocho comunitario, los techos de zinc de la cantina de la vereda o al viejito canoso desesperado por el calor agobiante de las tres de la tarde, echándose agua en la cabeza de una botella de plástico al lado de la carretera. Sí, todo lo que le gustara, podía fijarlo, detenerlo y volverlo a mirar cuantas veces quisiera.

Tenía registrado lo que había pasado desde que llegaron a la zona veredal de Riosucio. Podía poner en orden sus fotos para mostrar el cambio: primero los cambuches improvisados a orillas del río Curvaradó, luego las carpas verdes camufladas entre los platanales. Después los primeros pilotes para construir las casas del campamento que ahora es un pueblo colorido y alegre, con las paredes llenas de murales. Un pueblo que aún no tiene nombre pues se lo pondrán entre todos, lo elegirán en una asamblea comunitaria. Por ahora, anota los nombres que ya existen: Santa María, Campoalegre, San Andrés, Aguas Vi-



vas, Florida, Caracolí, comunidad de los Zenúes, el Diez.

Quiere mostrar en imágenes la riqueza de esta zona: los platanales verdes punteados de azul por las bolsas plásticas que protegen de las plagas los racimos cargados, los potreros llenos de ganado, los sembrados de cacao, las plantaciones de arroz. Pero también el contraste de colores y luces que hay entre el verde y amarillo de los campos y el barro oscuro de las calles de tierra de Bajirá, las aguas empozadas, el avispero de motos que pululan por la carretera principal o los letreros de los almacenes con nombres religiosos: Restaurante *En gracia de Dios*, Cafetería *El señor de los milagros* y otros que no recuerda ahora. Le gustó mucho uno que vio repetido y que le llamó la atención pues en una parte estaba escrito el *Baticano con B larga*, era el del granero y en otro, en un puesto de comida en el parque central, se leía *El Vaticano con v pequeña*. Se quedó con la duda de la forma correcta hasta que el profe que les daba español una vez a

la semana, le aclaró que era con *v pequeña*. Le quedó pendiente averiguar qué había detrás de esas dos *ves*.

El sueño de Yadir es hacer un documental. Por eso su colección de fotos es inagotable. Con su cámara al hombro ha registrado lo que para él ha sido importante desde que dejaron las armas. Tiene grabado un video con la fiesta que hicieron para celebrar el cumpleaños número 53 de las Farc. Fue una superfiesta, una fiesta de la paz, a la que asistieron muchas personas de las veredas y las parcelas cercanas al campamento. No ha dejado de registrar ninguno de los partidos de fútbol que organizan los fines de semana con los parceleros y los jornaleros de la zona. Esos partidos le gustan mucho, pues es cuando puede conocer más gente y hacer amigos.

También grabó la fiesta de la inauguración de la biblioteca móvil en la escuela de Santa María. Allí conoció a Milena, una chica morena de la vereda, un año menor que él y que hace parte del GAB. Yadir no sabía qué era eso del GAB, pero Milena le explicó: es el Grupo de Amigos de la Biblioteca que son los que ayudan a Sandra, una chocoana grande, madura y sabia, que era antes la bibliotecaria de Istmina, donde hizo un trabajo tan bueno que logró que su biblioteca estuviera postulada al Premio Nacional de Bibliotecas Públicas y que ahora es el alma de la biblioteca móvil. Sandra tiene un principio que orienta su trabajo: donde haya comunidad, allí va la biblioteca. Por eso Sandra se mueve por todos los lugares con su bolsa de libros. Y por eso los niños la buscan los días festivos y le tiran mangos en el cuarto donde se aloja, reclamándole que se deje ver y les preste libros.

Milena le mostró un mundo que él no se imaginaba que pudiera existir, el mundo de los libros que se mueven. Eso lo fascinó. Tenía en su imaginario que las bibliotecas eran salones oscuros y aburridos donde hay libros empolvados. Al menos eso es lo que recuerda de su pueblo cuando de niño los llevaban de la escuela a buscar una tarea.



Ahora sabe que las bibliotecas son otra cosa. En el campamento están organizando la Biblioteca Popular, hay muchos libros pero algunos son difíciles para él. Le gustó mucho un libro sobre leyendas africanas, lo ha leído varias veces pues le recuerda las historias que le contaba su bisabuela en la choza a orillas del Atrato. No sabe muy bien por qué pero ese libro le ha ayudado a hacer mejores fotos. Es como si le hubiera puesto color a unas imágenes borrosas que tenía en su memoria, como algo muy antiguo que Yadir no sabe explicar con palabras.

Al lado de Milena y de la profe Sandra ha entendido que los libros deben moverse y buscar a los lectores. Por eso quiere registrar todo lo que hace la biblioteca móvil. Empezó acompañando a Milena y al grupo de amigos a los diferentes programas que hacen en las veredas. Tiene muy buenas fotos del *Embarque literario*. Los jueves y viernes, cuando hay embarque de plátanos en los camiones, llegan los amigos de la biblioteca con libros para leerles a los trabajadores durante el descanso. Otro programa que le gusta mucho es el *Biblioplaya*. Van a las veredas que tienen río y se hacen lecturas en la orilla. Con estas fotos de los niños y niñas leyendo en la playa aprendió a manejar los filtros para matizar los colores y las sombras.

La prueba mayor de filmar y hacer fotos en la oscuridad fue con el programa *Libros a la cantina*. Con el lema “Bebámonos mejor los libros”, la biblioteca móvil va una vez a la semana a las cantinas de la vereda a leer y a ofrecer libros. Al principio los miraban raro, cuenta Milena, creían que estaban vendiendo libros. Ahora ya les gusta que vayan y algunos se ponen a leer y a conversar, hacen una tertulia con aguardiente y cerveza. Para Sandra es también una manera de divulgar los servicios de la biblioteca.

Milena también está recién llegada a la zona, aunque lleva más tiempo que Yadir. Vino de Medellín con su familia hace tres años. Aunque ella no es de allí, sino de un pueblo de Córdo-



ba, de donde es toda su familia. Su tío hace parte de los primeros pobladores que llegaron y fundaron Santa María hace diez y siete años, cuando estas tierras las regalaban. Se escuchan rumores de historias oscuras que los mayores no quieren recordar y los jóvenes como Yadir y Milena prefieren no indagar. Para ellos la vida empieza ahora.

El papá de Milena hace parte de la Asociación de Productores Agrícolas de Belén de Bajirá. Entre todos han ido transformando la vereda. Hicieron acueducto, caserío, escuela, tanque de agua. Viven hoy 450 familias que cultivan plátano y quieren montar una peladora de plátano. Milena ha sufrido mucho por la guerra. Desde que se acuerda, le ha tocado salir huyendo de varios lugares con su familia. Gracias a su mamá que es maestra, aunque sin escuela, no se ha atrasado tanto en los estudios, y gracias a su pasión por leer. Milena le cuenta a Yadir que allí hay muchas tensiones por la tierra. ¡Los adultos siempre peleando por la bendita tierra! Eso ya lo tiene claro Milena a pesar de sus tempranos quince años. Quizás por haber tenido que madurar a la fuerza es que se ha entendido tan bien con Yadir. Ambos se

volvieron grandes siendo muy niños.

Milena quiere estudiar periodismo. Yadir sabe ya que tomar buenas fotografías no es suficiente para hacer documentales. Eso lo entendió después de verse todas las películas que hay en el servidor de la biblioteca móvil. Con Milena se sientan a ver una y otra vez los documentales que más les han impactado. Sabe que tiene que aprender a escuchar, a poner mucho cuidado a lo que las personas hablan, pero también cómo se mueven, sus gestos, su mirada. Sabe también que hay que hacer muchas entrevistas y muchas fotos, grabar muchos videos para luego elegir lo que sirve para la historia que quiere contar. De allí sale el guion. Allí vieron el documental sobre Bojayá. Fue muy duro porque allí murieron varios de sus parientes. Pero Yadir sabe que Bojayá no puede quedar en el olvido, eso no puede volver a suceder.

En el campamento algunos voluntarios han ido a enseñarles. No sólo al equipo de prensa, también han ido profes a enseñar a leer y a escribir, otros a pintar. Ahora hay un proyecto para enseñar gastronomía y así apoyar a los jóvenes que quieren montar un negocio de comida. A Yadir le ha tocado cocinar en el comedor comunitario, pero a él no le gusta. Lo hace como todos los otros oficios que se reparten entre los habitantes del campamento, pues se mantiene aún la disciplina que tenían cuando estaban en las filas. Aunque un poco más flexible, y bueno, más tranquilo. En las tardes ya puede volver a colgarse su cámara y seguir haciendo *click* a todo lo que le sorprende y le gusta y ahora con Milena, a buscar historias en las veredas.

En el programa *El abuelo con su cuento encanta*, ya se han recogido la historia de la fundación de Santa María y leyendas de la Laguna de la Colimocha, una caimana que no tiene cola. También por allí pasa *El libro viajero* que ya lleva más de tres meses viajando y recogiendo tradiciones populares. Le hicieron una portada bonita con las madres de la comunidad. Ahí hay muchos secretos de cómo cu-



rarse de la picadura de las serpientes o cómo hacer café de maíz.

Milena le ha enseñado a Yadir a escuchar poesía. En la biblioteca móvil hay una bonita colección de libros de poesía. En las noches de luna, cuando no amenaza un diluvio universal como los que suelen caer en estas tierras, se sientan bajo un árbol de mango en el parque central o en la vereda a leer poesía. Milena lee y él escucha. Milena se sabe varios poemas de Miguel Ángel Caicedo, el poeta más querido por el pueblo chocoano, poemas que le ha enseñado la profe Sandra: *Cuando vas para Atrato abajo/ pregunta por tu sombrero/allá lo dejé empeñado/por un beso que me dieron*. Otros poemas los han descubierto juntos a la sombra de la luna. Hay uno de un poeta cartagenero, Luis Carlos López, que hacía fotografía con las palabras y que es el preferido de Yadir, sobre todo porque al oírlo con los ojos cerrados puede ver las imágenes que se van formando sólo con los sonidos. Esa magia se la enseñó Milena.

*Llueve de un modo
diagonal. El río
anaranjado. Y todo el caserío
toma el color del yodo sobre la piel.
Ni un vuelo
mancha el fondo amarillo
de la mañana
singular. Y el cielo
como le gusta al grillo
y a la rana.[1]*

En la biblioteca popular del campamento están haciendo un museo verde oliva. Yadir ha fotografiado cada uno de los objetos y elementos que hay allí y que antes le pertenecían: botas pantaneras y de marchar, uniformes, morrales, tiendas de campaña, cantimploras, chalecos antibalas, prendas que Yadir quisiera mostrar en su documental como algo que quedó atrás, que ahora le es ajeno. Prefiere andar en camiseta y bluyines con su cámara al hombro y su pelo que ya le empieza a crecer.

Milena lo invitó al Ladrillatón. Nunca había oído esa palabra ni se ima-



ginó qué quería decir. Lo primero que le pasó por la cabeza fue un batallón de ladrillos, por aquello de llatón-batallón, solo porque las pesadillas de la guerra aun lo persiguen. Pero se alegró al saber de qué se trataba. Era un convite para construir la sede de la biblioteca de la vereda. Unos ya habían donado dinero, otros ladrillos y otros ofrecieron la mano de obra. Ya tienen tres lotes posibles, una tarea que gestionó el consejo comunitario. Está seguro de que la biblioteca de Santa María será muy distinta. Se imaginó a esos niños lectores atendiendo en la nueva sede. Los mismos que él ha fotografiado en las mesas de la móvil, imbuidos en un libro de imágenes lleno de colores y con una sonrisa en los labios. O explorando el portal Maguaré en las tabletas. Ese portal que él no había imaginado siquiera que existiera. Quieren tener uno en el servidor del campamento pues en toda esa zona es muy mala la señal de internet.

Yadir se alegra por esos niños que no están creciendo en medio de las balas y que en vez de marchar juegan. Ha hecho una serie de fotos de juegos, quizás con nostalgia y un poco de tristeza, pues él tuvo que dejar ese mundo

muy pequeño. Tiene fotos de niños jugando al bate, con tapitas, bolitas, al trompo y hasta a la cantina. También ha grabado los ensayos de danza del grupo que se está formando en la biblioteca. Ensayan mapalé y cumbia, sin profesor, pues en estas tierras lejanas los profes son escasos, contrario a lo que le cuenta Milena que pasa en Medellín. Aquí los niños aprenden pasos de baile en los programas que tiene el servidor de la biblioteca móvil. Allí hacen lo mismo que hacen él y Milena con las películas, pero con los bailes. Estudian los pasos, los ritmos, el vestuario, la coreografía.

Milena hace parte del grupo de danza. Por eso Yadir sabe en detalle lo que pasa. Le contó a Milena que en el campamento hay un grupo de teatro y que están preparando el Festival Internacional de Teatro *Selva Adentro* al que están invitados, ella y los demás niños del grupo de danza.

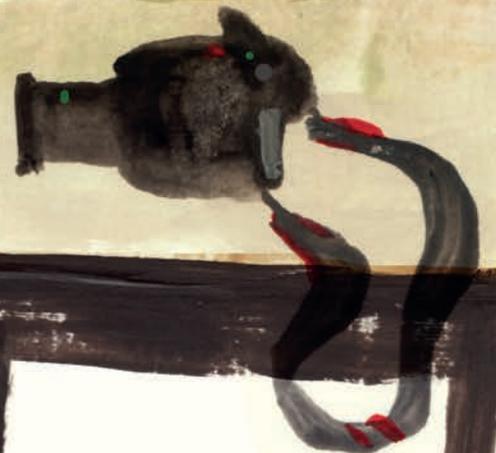
Ahora que empiezan a capacitarlos para aprender a moverse en la vida civil, Yadir tiene claro que lo que quiere es hacer documentales. Contar con imágenes las historias de su tierra. Porque Chocó está lleno de ricas historias escondidas y como le dijo Milena: aquí la realidad está hecha de muchas capas y su misión va a ser descubrirlas a punta de imágenes. No quiere que llegue el día en que ella se vaya a la ciudad a estudiar periodismo. Mientras tanto ha decidido hacerse una selfie juntos en el campamento, con su mural preferido de fondo: “Ser colombiano y no ser revolucionario también es una contradicción hasta biológica”.

[1] Paisaje de Sorolla. En *La Vigilia de la Mirada*. Fraylejón Editores, Medellín.

SOBRE EL TEXTO:

Esta historia está inspirada en hechos reales pero ha sido transformada con los recursos propios de la literatura. Los protagonistas reales están camuflados entre los personajes del relato.

Cuando Beatriz Ojeda recorrió durante una semana la zona veredal de Riosucio (Chocó) quedó atrapada por la historia de Yadir, un chico que para ella encarna a todos los jóvenes que en este momento están pasando de la vida militar a la civil.





Beatriz Helena Robledo

Estudió literatura y con el tiempo se fue aferrando a las historias dirigidas al público infantil y juvenil. Dice ella que el destino la conectó a los cuentos para niños desde que entró a la Fundación Rafael Pombo, hace más de 30 años. Allí quedó fascinada porque reúne sus más grandes pasiones: la literatura, la docencia y los niños. Fue profesora de la cátedra de literatura infantil en la Universidad Javeriana, dicta talleres para la promoción de lectura y ha trabajado para instituciones como Fundalectura, Cerlac, el Banco de la República, y los Ministerios de Educación y de Cultura. Entre sus publicaciones está la *Antología de poesía infantil colombiana* (Alfaguara), *Siete cuentos maravillosos* (Alfaguara), *Un día de aventuras* (Ediciones B) y *Viva la Pola*, biografía de Policarpa Salavarrieta para el programa Libro al Viento de la Secretaría de Cultura de Bogotá.



Juan Camilo Mayorga

Es diseñador gráfico de la Universidad Nacional de Colombia y ha enfocado su trabajo en la ilustración infantil, a donde llegó -al igual que Beatriz Robledo- por el azar de la vida. Fue la mano que animó el cuento *Los aeropuertos* de Jairo Buitrago y *Nicolás aprende los números* de Darío Jaramillo Agudelo. Su primer trabajo con Beatriz fue en el libro *Mi primer libro de poesía colombiana*. En sus palabras, el ADN de sus dibujos son las manchas. A partir de allí decide si pinta con acuarela, acrílico o cualquier otro pigmento. Esa es su forma de decir que en el dibujo y la pintura prefiere dejarse llevar por la intuición, ser más “desprevenido”. Le gusta pintar escenarios, lo que pasa en las ciudades, las calles, los parques. Congelar esos momentos y las expresiones de las personas que hacen parte del paisaje. Su gran referencia en la pintura es Henri Matisse y en la ilustración, el catalán Javier Mariscal.

Una realización de Colombia 2020 de El Espectador: Unidad de Mercadeo Relacional (Proyectos especiales)
Colaboración especial de contenidos en territorio: Proyecto Bibliotecas Públicas Móviles del Ministerio de Cultura de Colombia
Gerente general El Espectador: Eduardo Garcés López. / Director El Espectador: Fidel Cano Correa.
Equipo Colombia 2020 / Gerente de Mercadeo Relacional: Elva Lucía Daza.
Directora General del Proyecto: Laid Milena Pérez Montaguth. / Directora Editorial del Proyecto: Gloria Castrillón.
Concepto: Pilar Lozano. / Editor: Fernando Araujo Vélez. / Dirección Creativa: Harvey Gómez.
Dirección de arte y diagramación: Darío Forero
Producción de campo: Bibliotecarios Públicos de la Paz
Impresor: Quad Graphics

ISBN Obra completa: 978-958-16-0037-3

Apoyan:



Al servicio
de las personas
y las naciones



En alianza con:

